

Amadísimos fieles

Brevemente os presenté el domingo pasado algunos milagros que Cristo había hecho en confirmación de su testimonio, en confirmación de su divinidad. Admitidos los Evangelios como documentos históricos, hay que admitir los hechos constatados en los mismos. Hoy - decíamos - unánimemente sostienen aun los mismos adversarios que son ^{historiados} verdaderos los hechos narrados en los Evangelios, aunque luego para eludir las conclusiones que de ellos se derivan tratan de explicarlos naturalmente y recurren a este objeto a diversas explicaciones y os presentaba unos cuantos hechos de estos para que vierais cuán absurda o cuan ~~falta~~ infundada tiene que ser la explicación natural de los mismos. A nosotros la experiencia de cada día nos enseña que cinco mil hombres no se sacian y se hartan sin pan con la sola sugestión, a nosotros la experiencia de cada día nos enseña que un cuerpo en corrupción, en putrefacción no es capaz de volver a la vida por sí misma ni por cuantos medios se le puedan aplicar para preservarla de la corrupción, a nosotros la ciencia óptica nos enseña que la ceguera de nacimiento implica tal complicación y tantos problemas, que no es posible curarla y meterlos, a nosotros la realidad nos enseña que hay todavía hoy, después de veinte siglos de adelantos y progresos científicos, enfermedades incurables como es la lepra, que Cristo la curaba con el poder de su palabra.... Ved, pues, cuán poco fundadas tienen que ser cuantas explicaciones naturales se quieran dar a los milagros de Cristo.

Pero entre estos hay una clase que merece también una atención especial; me refiero a sus profecías, a sus predicciones sobre ^{los judíos} ~~los judíos~~, sobre aquella ciudad deicida, Jerusalén, sobre los mártires, sobre la Iglesia que acaba de fundar, sobre sus mismas palabras y hoy vamos a decir algo de estas predicciones proféticas que nos demuestran que Cristo era más que hombre, que Cristo tenía que ser Dios. No se trata de meras conjeturas, ni de enunciados equívocos y vagos e imprecisos, sino de predicciones concretas, concretas en tiempo, en lugar, en acontecimientos, a plazos, ^{no se trata de presentimientos ni de presencias vagas} predicciones contra todo el pensar ~~racional~~ y la mente de los judíos, tales como la destrucción del templo, de la ciudad, de la cesación de su religión, la vocación de los gentiles. Predicciones tan categóricas, tan aseverantes, tan múltiples, tan ricas en los más finos detalles, cumplidas con la más ~~exactísima~~ fidelísima exactitud y otras por cumplir o cumpliéndose a cada día, nadie que sea hombre serio y de crítica científica puede atreverse a suponer que sean productos del entendimiento humano. Si predecir fenómenos físicamente concatenados, como son los meteorológicos, es un imposible al entendimiento humano aun a cortos plazos, eso que en Meteorología, los fenómenos todos ellos están contenidos en causas naturales, en causas que los determinan y que actualmente tienen existencia, predecir donde interviene la voluntad humana que es libre, predecir futuros dependientes del humano querer terminantemente, aseverantemente, con precisión y detalle, hechos concretos en lugar, en tiempo y en personas, a plazos de años, no es posible al entendimiento humano. Esto sólo es propio de Dios, sólo Dios puede ser autor de ello o aquel a quien Dios le ha comunicado este poder, esta ciencia sobrenatural. Por eso las predicciones de Cristo son un argumento de primer orden para probar su divinidad.

Ahora comprendereis cuán sabiamente contestó aquel cortesano prusiano a su Rey, Federico el Grande, que en una tertulia preguntó si había un argumento muy corto para probar la verdad de las palabras de Cristo y le dijo; "Majestad, los judíos". Con esto quería decir: lo que Jesucristo predijo de ellos, de su humillación, de su dispersión y de su vida aun después de la dispersión, todo se ha realizado al pie de la letra. Las palabras de Cristo se han mostrado completamente verdaderas, las palabras de Cristo se están cumpliendo exactamente aun en nuestros días pese a los hombres; el que supo ver así el porvenir, tenía que ser más que mero hombre. Esa raza sobre la que recayó la maldición de Cristo es hoy un testimonio viviente de la verdad de Cristo, de su divinidad. No es la fatalidad la que a los judíos les hace vivir hoy, después de veinte siglos que recayó sobre ellos la sentencia de Cristo de que "sucumbirán a filo de espada y serán llevados en cautiverio a todas las naciones - son palabras textuales de Cristo contenidos en un documento escrito antes del año 60 de nuestra era - y Jerusalén será hollada de los gentiles", les hace vivir en la dispersión sin que hayan podido rehacer su hogar nacional a pesar de todas las tentativas, a pesar de todas las maniobras políticas, a pesar de todos los empeños puestos por quienes tienen a su alcance aun hoy en día el poder de desmentir las palabras de Cristo.

Los judíos no conocieron el día de su visitación y habiendo desechado al verdadero Mesías, dejaron de ser el pueblo de Dios. Ello les acarreó el castigo vaticinado por los profetas y por último por Jesucristo hasta en las menores circunstancias. Proclamaron a Cesar por su único Rey e imprecaron sobre sí mismos y sobre sus hijos la sangre de su verdadero Rey. Desde aquel momento la historia del pueblo judío es una cadena de opresiones de parte de los procuradores romanos, de parcialidad y estrechez en lo religioso y de continua insubordinación y rebeldía en lo político por parte del pueblo abandonado de Dios. Y aquellos que no quisieron conocer al verdadero Mesías a pesar de su santidad, milagros y prodigios, más tarde se echaron en manos de cualquier embustero, de cualquier falso Mesías y falso profeta, con lo cual fueron cayendo en nuevas calamidades y el mal duró entre ellos hasta los últimos días, en que el templo como predijo Jesucristo, fué pasto de las llamas.

A la muerte de Jesucristo comenzaron los motines que organizaban las partidas de bandoleros, motines que eran ahogados en sangre por los soldados romanos que eran los instrumentos ciegos escogidos para realizar el plan divino sobre el pueblo judío. El año 66 estalló por fin la guerra Judía, la cual después de cuatro años de sangrientas luchas y horribles devastaciones, terminó en todo el país con la destrucción de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío, cumpliéndose a la letra aquellas palabras que con lágrimas en los ojos había pronunciado Cristo el día de su entrada triunfal en Jerusalén al acercarse a él: "te derribarán a tí, y a los hijos tuyos dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que fuiste visitada" y las que unos días después, el martes santo profirió cuando después de haber salido del templo en el que no había de entrar más, camino de Betania se quedó con sus discípulos contemplando aquel edificio de colosales dimensiones, tan ricamente adornado, tan sólidamente construido (el historiador Flavio Josefo dice que tenía en sus muros bloques de piedra de ~~veinticinco~~ veinticinco codos de longitud por ocho de altura y doce de anchura y aun hoy subsiste un muro derruido compuesto de enormes piedras al pie de los cuales van los judíos residentes allí a llorar su templo destruido, varias de las cuales tienen cinco y seis metros de longitud) y "¿veis - les dice - todas estas grandes construcciones? En verdad os digo que vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra". Menos de cuarenta años después de esta predicción, después que estas mismas palabras que os he referido estaban escritas y eran conocidas por los cristianos, habiase cumplido ya puntualmente, y desde entonces, nada queda de aquel suntuoso edificio que parecía hecho para resistir todas las pruebas. Fue una tribulación que no la ha habido desde el principio del mundo ni la habrá jamás. El sacerdote judío Flavio Josefo, general en jefe de las tropas judías en Galilea y más tarde testigo ocular de todo el curso de la guerra en el séquito de Vespasiano y Tito, nos la ha descrito en todos los por menores en sus siete libros De Bello Judaico; con lo cual, sin saberlo ni pretenderlo, nos dejó la prueba escrita del cumplimiento exacto de las palabras del Señor. Ya en el prólogo se queja de la suerte de Jerusalén y dice: "Entre tantas ciudades sometidas al Imperio Romano, no se hallará una que, habiéndose elevado a tan alto grado de honor y de gloria como la nuestra, haya caído en tan espantosa miseria... Todas las desgracias de los siglos me parecen haber sido superadas con mucho por las que alcanzaron a los judíos".

Comenzó aquella horrible guerra el año 66. Vespasiano la dirigió hasta el 1 de julio del 69 en que fue nombrado rey y tuvo que ir a Roma dejando al frente de las tropas a su hijo Tito; después de un año de combates encarnizados, el 15 de agosto del año 70 Tito con sus soldados llegó a apoderarse del templo y conquista en breve tiempo el resto de las fortalezas del monte Sión que estaban en poder de los judíos. El templo quedó arrasado por el fuego a pesar de que Tito no lo quería destruir. Según Josefo más de un millón de hombres perecieron en el asedio - nos extrañará la cifra si tenemos en cuenta que comenzó la guerra poco después que los judíos se habían congregado en Jerusalén para celebrar su Pascua - . El número de prisioneros según el mismo elevóse a 97,000, parte fueron enviados a las minas egipcias, parte distribuidos por las provincias para luchar en los anfiteatros unos contra otros. En un solo día perecieron 2,500 judíos en los juegos circenses que en honor de Tito organizó la ciudad de Cesarea de Filipo, y en los de Beyruth sucumbió una inmensa muchedumbre. Pero los más fueron vendidos por todo el mundo como esclavos. Tito dispuso finalmente que fuese arrasado cuanto del templo y de la ciudad quedaba, y que el arado pasara sobre los escombros. Únicamente exceptuó los tres torreones y una parte de la muralla del occidente con los edificios contiguos para que sirviera de alojamiento a las tropas que allí habían de quedar y diose testimonio de la firmeza de la ciudad y del valor de los romanos.